

Luz y sombra en una novela de Martín Luis Guzmán

ADRIANA SANDOVAL

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Deseo ver mi material literario como se ven las anfractuosidades del Ajusco en día luminoso, o como lucen los mantos de nieve del Popocatepetl. Si no, no estoy satisfecho.

Martín Luis Guzmán (Carballo 84).

Desde el título mismo de la novela de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo* (publicada en 1929 por Espasa-Calpe, Madrid), se otorga un lugar y papel preponderante a la sombra del Caudillo, que recorre todo el texto. El primer significado —el más evidente y relevante— que Guzmán utiliza de la dicotomía de luz y sombra equivale, en el plano político de su novela, a lo positivo y a lo negativo, respectivamente. Así, los seguidores de Aguirre estarán del lado de la luz, mientras que los partidarios de Jiménez, es decir, los que aceptan la voluntad del Caudillo, estarán del lado de la sombra. Para Brushwood,

el valor principal de *La sombra del caudillo* se ubica en las implicaciones de la palabra *sombra* [...], y aun cuando la novela [de Guzmán] es obviamente un ataque al régimen callista, es mucho más que eso, porque más bien es la sombra, en lugar del hombre, lo que importa (Brushwood 202-203).

Viene a cuento recordar que fue precisamente Guzmán, con *La sombra del caudillo*, quien primero subrayó, en la larga serie de novelas latinoamericanas sobre los dictadores y la dictadura, la importancia del puesto, del cargo, por encima de la personalidad individual de los gobernantes tiránicos. Si bien es claro que Guzmán no necesitaba darle nombre a su caudillo, pues la proximidad temporal de la matanza de Huitzilac y su contexto eran paradigmáticamente claros para sus contemporáneos nacionales, también es cierto que su intención era denunciar, además del caudillaje ejercido por Obregón junto con Calles, el caudillaje *per se*, en tanto que concentración excesiva del poder en una sola persona y, así, como un elemento evidentemente antidemocrático. Esta manera de presentar al dueño absoluto del poder desde una personalidad anónima quedó más tarde reafirmada en esa serie de novelas con *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias.

“La política en Martín Luis Guzmán”, escribe Margo Glantz, “es aparentemente una política maniquea y sus preferencias se alínean con los cuerpos a quienes toca la luz” (1979 12). Esta afirmación vale con respecto a la mayoría de los personajes, salvo para Aguirre, de quien se hablará más adelante. Axkaná González, sin duda un personaje de signo positivo, cae en la categoría a la que alude Glantz, pues es descrito en los siguientes términos, en el primer capítulo, al salir del carro de su amigo el general:¹

En el esplendor envolvente de la tarde, su figura, rubia y esbelta, surgió espléndida. De un lado lo bañaba el sol; por el otro su cuerpo se reflejaba a capricho en el flamante barniz del automóvil. La blancura de su rostro lucía con calidez sobre el azul oscuro del traje; sus ojos, verdes, parecían prolongar la luz que bajaba desde las ramas de los árboles (4).

Axkaná no sólo es blanco, sino rubio. El automóvil del general

¹ En este trabajo no viene al caso la identificación de cada uno de los modelos en los que Guzmán se basó para sus personajes. Para la lista completa, véase Carballo (88).

también resplandece y brilla, como su dueño y el amigo de su dueño. La mirada de Axkaná parece prolongar la luz solar. Recordemos que para Guzmán "Axkaná representa en la novela la conciencia revolucionaria" (Carballo 88).² Es decir, este personaje se caracterizará por la lucidez y por la claridad mental; además, no sólo no es corrupto como los demás políticos sino que también es el que comprende el desarrollo de los acontecimientos y logra incluso anticiparlos.

Un par de páginas adelante, toca a Rosario brillar:

Al tornarse para mirar el *Cadillac* de Aguirre, que ya se acercaba, un lucero se le detuvo en la frente. La sombrilla, salpicada toda de luceros análogos, hizo entonces fondo a su bellísima cabeza y la convirtió un momento en virgen de hornacina. Sonrosándola, dorándola, la irradiación luminosa volvía más perfecto el óvalo de su cara, enriquecía la sombra de sus pestañas, el trazo de sus cejas, el dibujo de su labio, la frescura de su color (7).

Al referirse a estas descripciones, Glantz ha mencionado la pintura de José María Velasco, con base en la declaración que sirve como epígrafe a este trabajo. En la misma línea pictórica, vienen a colación las producciones del movimiento impresionista, cuyo propósito era precisamente hacer estudios de luz. Salvo el vestido del siglo XX, Rosario con su sombrilla parecería salida de un cuadro de Edgar Monet. Pero la luz que baña a la joven se oscurecerá, como señal de su próxima "caída", en las siguientes páginas:

Estaba el Ajusco coronado de nubarrones tempestuosos y envuelto en sombras violáceas, en sombras hoscas que desde allá teñían de noche, con tono irreal, la región clara donde Rosario y Aguirre se encontraban. Y durante los ratos, más y más largos, en que se cu-

² Evodio Escalante disiente. Para él, "Axkaná no encarna la conciencia revolucionaria, sino la conciencia de un pequeño-burgués ilustrado que trata de comprender más emotiva que intelectualmente un movimiento histórico en el que se ve involucrado, pero que al mismo tiempo lo supera, lo rebasa en todos sentidos" (31). Aguilar Camín escribe en el mismo sentido (iii).

bría el sol, la divinidad tormentosa de la montaña señoreaba íntegro el paisaje: se deslustraba el cielo, se entenebrecían el fondo del valle y su cerco, y las nubes, poco antes de blancura de nieve, iban apagándose en opacidades sombrías (12).

Compárese, de nueva cuenta, la cita anterior con el epígrafe de esta nota. La blancura de la nieve, relacionada con la pureza, se va apagando, a medida que se acerca, tanto el chubasco que empujará a la joven al automóvil del general, como el momento en que finalmente cederá al poder seductor de Aguirre.

La tormenta avanza, y el Ajusco despliega "su enorme penacho negro", que "lo teñía todo con tintas tempestuosas" (14). Ya en plena tormenta, dentro del auto, "los envolvió la penumbra". La oscuridad es doble: la externa, natural, de la tormenta, y la interna, en el automóvil. Aguirre sugiere encender la luz, pero Rosario ya parece dispuesta a aceptar la oscuridad y no desea interrumpirla. Éste sería el segundo significado de la pareja sombra-luz: la pureza virginal que se corromperá, según los valores de la novela.

Como Axkaná, Rosario aparece iluminada en su presentación. Pero una tormenta, un fenómeno natural, ineludible e implacable, la hace transitar hacia el lado oscuro de la vida, que en su caso implica la aceptación de la seducción. Después de ésta, Rosario pasará a vivir en la sombra, como amante de Aguirre. Por otro lado, en lo que respecta a Aguirre, la tormenta natural es una prefiguración de la tormenta política en la que se verá envuelto, y en la que también sucumbirá.

En estos dos primeros capítulos, la luz queda relacionada con el personaje "puro" de la novela, en términos políticos, es decir, con Axkaná. Queda relacionada, también, con el personaje "puro" en términos sexuales, Rosario. Todos los personajes tienen su modelo en la realidad objetiva, como el propio Guzmán declaró (Carballo 88). Con respecto a Axkaná, escribe Brushwood, "una fuerte crítica al régimen de Calles reside en el hecho de que, cuando Guzmán requirió de un hombre honesto, tuvo que inventarlo" (Brushwood 202).

La asociación de la sombra con el Caudillo, ya mencionada, se

sugiere en una de las primeras descripciones de la residencia presidencial, cuando la mente evocadora de Axkaná es estimulada por una perspectiva "un poco triste como la mancha gris del Castillo sobre la regia pirámide de verdura" (25). Parecería que la "grisura" del edificio ocupado por el presidente, "mancha", oscurece y ensucia, por así decirlo, los "regios" orígenes prehispánicos, sugeridos por la pirámide natural del cerro verde de Chapultepec.

En el capítulo V, "Guiadores de partido", cuando Axkaná conversa con Emilio Olivier Fernández sobre la negativa de Aguirre ante la candidatura a la presidencia, el narrador los ubica cerca del bosque, que "lucía entonces como nunca a la blanda luz del atardecer" (35). Esta blandura de la luz es apropiada para los vanos intentos de convencimiento por parte de Axkaná, puesto que, junto a la determinación de Olivier de que Aguirre sea candidato a la presidencia, el propio Axkaná tiene la certeza de que el ministro de guerra terminará aceptando, pese a sus declaraciones en sentido inverso.

En el curso de la entrevista entre Aguirre y el Caudillo, el primero advierte que "sólo quedaron en sus ojos [del Caudillo] los espurios resplandores de lo irónico: se hizo la opacidad de lo impenetrable" (48). Según Glantz, "Aguirre no quiere ser presidente y se lo avisa así tanto al Caudillo como al candidato, pero la transparencia no es aceptada ni creída" (1989 877). Mas ni el Caudillo ni Jiménez creen en la supuesta sinceridad de Aguirre, tal vez porque perciben en el ministro de guerra, como la percibe Axkaná, la ambigüedad íntima que finalmente lo hará aceptar la candidatura. En política, las palabras no significan lo que dicen.

Después de la entrevista de Aguirre con el Caudillo, viene una escena en la que de nuevo el juego de luz y sombra es parte integrante de la atmósfera y del tono de la novela. En casa de Rosario, ahora amante de Aguirre, el general conversa con Axkaná. "Siéntate aquí, en la cama", le dice, "para que te dé la luz" (55). Aparece el tercer significado de la pareja sombra-luz, en otra de sus acepciones usuales: la luz como símbolo del entendimiento; recordemos, además, que Axkaná juega, para Guzmán, el papel de

la conciencia revolucionaria. En el recuento de la conversación con el Caudillo, Aguirre aparece ante Axkaná

hasta ingenuo, hasta sensible al choque de lo noble con lo innoble. Aun el velo de cansancio que siempre apagaba sus ojos no existía ya: ahora las miradas brotaban con brillo equivalente a la energía de los ademanes; no opacaban la frase, la realzaban.

En su conversación, Aguirre aparece iluminado por "rayos a media luz que rebrillaban en su pijama de seda y comunicaban nuevo lustre a su bello busto de atleta" (56). Aguirre está dolido e indignado por el rechazo del Caudillo, pero da rienda suelta a esta indignación precisamente en casa de su amante: de ahí los rayos a media luz, cercanos a las tinieblas. Está cerca de Axkaná, lo cual lo acerca a la claridad. (Además, el general ha insistido en su rechazo a la candidatura, sin lograr convencer a sus seguidores, a Olivier, al Caudillo, ni a Axkaná: este rechazo no aceptado refuerza la "media luz", tal y como la perciben tanto sus opositores como sus amigos). En el fondo de la habitación se escuchan los movimientos de Rosario, en una "semioscuridad tibia donde la presencia de una mujer flotaba palpable, envolvente" (56). Axkaná se apresta a darle un consejo al amigo, y Aguirre le pide que encienda la luz (59), es decir, literal y metafóricamente, que lo ilumine.

En "Los rivales" se celebra la última entrevista entre Aguirre y su futuro contrincante electoral, Hilario Jiménez. La tercera voz de la narración no es magnánima en su caracterización de Jiménez. Al darse los ministros la mano, a este personaje "se le acentuó el ensombrecimiento de las miradas bajo la curva defectuosa de los párpados, bulbo sobre el ojo" (61). Hábilmente, sin caer en la tentación de plantearnos directamente su juicio, el autor implícito hace que Aguirre sea quien repruebe a su opositor y no él. Así, para Aguirre, "Jiménez, visto de espaldas, daba de sí idea más fiel que visto de frente. Porque entonces (oculta la falaz expresión de la cara) sobresalía en él la musculatura de apariencia vigorosa" (62). Una vez que el narrador ha preparado el camino de la reac-

ción del lector en contra de Jiménez, a través de la visión de Aguirre, la posición del narrador omnisciente queda de manifiesto, unas líneas más adelante: en el transcurso de la conversación, dice, el alma de Jiménez, "al contrario de lo que debía esperarse, iba poniéndose más y más turbia conforme Aguirre aparecía más y más transparente" (64). Hay un énfasis en este capítulo en la mirada de Aguirre, que establece un contraste con el énfasis en la mirada del Caudillo, páginas atrás. Aguirre, se deduce de la cita anterior, va recorriendo un camino hacia la luz, ya iniciado antes (véase, por ejemplo, la escena entre Axkaná y Aguirre, en casa de Rosario) o, en las palabras de Glantz:

Aguirre va construyendo a su personaje, mejor, Guzmán va trazando aquello que le falta, va limando las asperezas morales de su personaje para poderlo convertir en héroe, para hacerle recobrar la dignidad, pero antes le ha permitido errar, como los trágicos griegos se lo permiten a sus personajes para poder causar en los espectadores ese terror y esa piedad que no podrían causar los dioses o los hombres impecables (1989 877).

Es importante señalar que el personaje de Aguirre no está relacionado de una manera uniforme con la luz. En diversas ocasiones actúa de modo reprochable. La primera es cuando rompe la palabra de honor dada a Axkaná de que no seducirá a Rosario. Cabe mencionar que cuando el general da su promesa, el autor implícito lo coloca dentro del auto, es decir, en la sombra, mientras que Axkaná está parado afuera, bañado en luz. Después, Aguirre comete otra acción criticable cuando, por intervención de Tarabana, acepta el cheque de soborno de la compañía petrolera estadounidense Maybe; y también cuando acepta haber eliminado a los enemigos del Caudillo, que en ese momento también lo eran suyos. De ahí que no aparezca bañado en luz desde el inicio, como Axkaná, sino que más bien esté retratado con tintes claroscuras; aparece con Rosario, en la penumbra del automóvil, y en el capítulo V, "Zaldívar" (del Libro IV), en plena oscuridad. Los tonos claroscuras se irán desvaneciendo y aclarando en el curso de la

novela. Para Bruce-Novoa (xxxviii), quien coincide con Glantz (1989 877), es necesario que Guzmán vaya elevando al héroe trágico para hacer más efectiva su caída.

En Toluca, sede de la convención del Partido Radical Progresista, se retoman las metáforas luminosas: "Su luz [de Toluca], maravillosamente clara, se quebró en reflejos de estandarte y trombón. Su aire, limpio, transparente, se agitó con estremecimientos ajenos a su pureza" (92). La ciudad provinciana, al verse invadida por los políticos, se ensucia y oscurece. Sin embargo, hay un momento de luminosidad, precisamente cuando Axkaná se dirige al auditorio:

La luz que iba haciéndose en la masa de indios allí reunida era obra de la calidez misteriosa de los vocablos de Axkaná y del ritmo de sus frases; pero nacía también del timbre de la voz del orador, de la elocuencia de su sinceridad, de la simpatía comunicativa de sus ademanes y hasta del fulgor, intensamente franco y expresivo, de sus ojos, que brillaban más verdes bajo los rizos de su cabellera en desorden (95).

Pero toda esta luz irradiada por Axkaná será sofocada en el curso del atentado en "Los hombres del frontón". No es casual que el secuestro del diputado aguirrista sea precisamente nocturno. Al percatarse de su secuestro y verse rodeado por cuatro hombres, "las tinieblas eran profundas a causa de la región luminosa que las circundaba" (118), es decir, los mercenarios despreciables contrastan abiertamente con el brillo que despide Axkaná, el "político civil". Momentos antes de la aprehensión del diputado, éste se ve cercado por dos autos y por la luz enceguedora de sus fanales. Un exceso de iluminación también puede ser perjudicial. Luego será llevado, con los ojos vendados, a un lugar de la carretera al Desierto de los Leones. Los seguidores del Caudillo, en otras palabras, ciegan a la conciencia revolucionaria.

En el curso del camino, Axkaná sólo percibe "vagos resplandores" a través de la venda. Al arribar a su destino, dice el narrador, "llegaba al espíritu de la majestad de las lomas impregnadas

del misterio de la noche, la majestad de la sombra" (122), en un claro eco del título de la novela y del poder del Caudillo.

Uno de los recursos de Guzmán, señalados por Bruce-Novoa (xl), consiste en la parodización —más bien sería repetición, o inversión— de algunas escenas, que adquieren un significado distinto al ser presentadas en una nueva versión. La repetición de una de estas escenas, con actores y circunstancias diferentes, ocurre después del secuestro de Axkaná, a quien los mercenarios han intoxicado con alcohol, dejándolo al borde de la muerte. Aguirre, al enterarse, decide aplicar la ley del talión al ejecutor del atentado, pagándole con la misma moneda. Para ello, es necesario que se ubique en el lado oscuro. En una casa de Aguirre, ubicada en la Lagunilla, el general cita a Zaldívar, policía a cargo del atentado en contra de Axkaná. Por órdenes expresas del general, la casa, que al llegar estaba "a oscuras", permanece con las maderas echadas (148).³ Aquí y en otros momentos, Aguirre participa plenamente del juego político, aceptando y aplicando sus reglas.

Los adversarios de Aguirre se mueven consistentemente al amparo de la sombra, bajo la égida del Caudillo: participan del reino de la oscuridad. El general Protasio Leyva, que traicionará a Aguirre, poseía una cualidad, "tan grande que él mismo se la admiraba", que "oscurecía todas las otras: la cualidad de atacar siempre pronto, en línea recta, cuantos problemas, situaciones o enemigos pudieran estorbarle" (162).

El caso extremo de los seguidores del Caudillo es Ricalde, el diputado encargado del ataque armado a los aguirristas, en el Congreso, que aparece como un ser deforme y aterrador: "era un hombre inteligente, antipático y monstruoso. Sus ojos, asimétricos, carecían de luz" (166). De igual manera, Canuto, uno de sus esbirros, amenaza al diputado aguirrista Cañizo "con la sonrisa brutal en que adquirían valor sinfónico la blancura de sus dientes y la

³ La inversión más importante ocurre en el último capítulo, que se contrasta con el primero, donde el Cadillac está ahora en manos del asesino de Aguirre, y ya no en movimiento vital, sino estacionado (Bruce-Novoa xl).

oscuridad de sus facciones deformes" (184). Aquí no hay matices: los malos no sólo son malos, sino físicamente repugnantes.

En "Julián Elizondo", primer capítulo del Libro VI, la tensión ha llegado a un punto climático. La inercia política se ha precipitado a pasos cada vez más rápidos:

En otros términos: ocurría todo como si en el drama profundo que estaba desarrollándose los personajes no obraran de propia iniciativa —obedientes a sus impulsos, su interés, su carácter—, sino que sólo siguieran, simples actores, los papeles trazados para ellos por la fuerza anónima y multitudinaria. Los obligaba ésta, desde la sombra, a aprender su parte, a ensayarla, a realizarla (198).

Ya en Toluca, Aguirre y su comitiva han caído en la trampa de Jáuregui. Toca ahora a Elizondo consumir su parte de traición. El militar miente deliberadamente a Aguirre al poner sus tropas a su disposición. En la escena siguiente, "cuando los demás militares y políticos conocieron la favorable actitud de Elizondo, las luces del bar alumbraron con brillos más puros" (217). Este optimismo será breve. Horas más tarde, un capitán de Elizondo los invita a acompañarlo. "Un relámpago de lucidez, completa aunque efímera, hizo que Aguirre intentara ponerse en pie" (218), al darse plena cuenta del plan fraguado en su contra. Al ser relámpago, esta lucidez tiene un lado violento, otro de sorpresa, y uno más de alerta.

En el trayecto al cuartel de Elizondo, "clareaba el alba; pinceladas de luz lechosa subían al cielo más allá del remoto término de una calle" (220). Tiempo y acción se unen en el "aforismo político de Olivier Fernández", el verbo "madrugar" (220). El "madrugue" político coincide deliberadamente con la madrugada natural, como ha sido señalado varias veces, a propósito de esta novela y de la política mexicana.⁴

El general aprehendido es colocado en un "cuarto casi a oscuras", donde recuerda, en el camino del día anterior, "un farol pálido e inútil en la mano de un soldado" (221); en otras palabras,

⁴ Por ejemplo, Glantz 1978, Sefchovich 1990.

ya no hay posibilidad alguna de que la luz llegue a Aguirre: su suerte está echada. En el cuarto donde está encerrado, insiste el narrador, "la oscuridad era casi absoluta" (222). Horas después, quienes le traen a Aguirre un periódico no llegan siquiera a ser descritos como personas, apenas son "puntos y segmentos de sombras" (223), adivinados a través de la delgada rendija luminosa de la puerta de la celda.

El título del capítulo final, "Tránsito crepuscular", alude al final tanto de Aguirre como de la novela. La palabra "tránsito", como ha señalado Bruce-Novoa (xlviiii-xlix), cierra las imágenes constantes de automóviles, calles, tránsito, y alude al paso de la vida a la muerte que le espera al general vencido, en el último viaje hacia las sombras.

Los prisioneros son atados con trozos de "alambre de cobre y un pedazo de cordón para luz eléctrica". No se habla de luz natural, sino de un pedazo, una parte incompleta e inoperante, de cordón para luz artificial.

Al igual que el "madruguete" coincide con el amanecer, el final próximo de los prisioneros tiene su paralelo en el atardecer, "—con su luz próxima a desvanecerse— el maravilloso crepúsculo que los envolvía" (238). La sombra de la muerte está por abrazarlos.

En medio de la masacre, donde se hace fuego a mansalva, Axkaná, herido, logra escapar, protegido por la confusión. Alcanza la carretera, donde se deja caer. "A poco rompieron arriba la unidad de las tinieblas de la montaña haces de luz" (244), originados por los fanales de un *Packard*, propiedad de un funcionario de la embajada estadounidense. A diferencia de los fanales que antes fueron el prelude del ataque cometido en su contra, aquí otros fanales anuncian su salvación.⁵ Axkaná González no muere, y las sombras implacables del crepúsculo, eco de las sombras políticas

⁵ Recuérdese que en el secuestro de Axkaná, el autor escribió: "las tinieblas eran profundas a causa de la región luminosa que las circundaba" (118); aquí usa las mismas palabras. Las tinieblas están pobladas por los seguidores del Caudillo; Axkaná es la luz.

emanadas del Caudillo, encuentran su oposición en un rayo de esperanza de su sobrevivencia.⁶

En resumen, la oposición entre luz y sombra es fundamental en *La sombra del caudillo*. A través de los juegos de luces y sombras, Guzmán va subrayando uno de los hilos conductores fundamentales de esta novela: la sombra omnipresente del poder. La luz significa pureza política, en el caso de Axkaná; pureza virginal, en la figura de Rosario; claridad de conciencia, de nuevo en Axkaná, y después, en el propio Aguirre; y, finalmente, salvación, una vez más, para Axkaná. La sombra significa, sobre todo, el extraordinario y terrible poder del Caudillo, que permea todas las acciones políticas e incluso deforma físicamente a sus oscuros seguidores; significa también la caída de Rosario, al aceptar vivir en la clandestinidad, en la sombra de la irregularidad matrimonial; y, finalmente, significa intenciones y hechos reprobables, carentes de probidad y justicia.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AGUILAR CAMÍN, HÉCTOR. "Un soldado levantó el rifle para hacer blanco: se ve mal, dijo, y disparó." *La Cultura en México* 780. *Siempre!* 1230 (19 ene. 1977): ii-vi.
- BRUCE-NOVOA. "Introducción." Martín Luis Guzmán. *La sombra del caudillo. Versión periodística*. México: UNAM, 1987. xiv-lxx.
- BRUSHWOOD, JOHN. *Mexico in its Novel*. Austin & London: University of Texas Press, 1966. (Las traducciones de las citas son mías.)
- CARBALLO, EMMANUEL. "Martín Luis Guzmán." *Protagonistas de la literatura mexicana*. 1965. *Lecturas Mexicanas* 48. México: Ediciones del Ermitaño / SEP, 1968.

⁶ Cabe recordar que aquí termina la versión periodística de la novela, que apareció, en capítulos semanales, en los diarios estadounidenses *La Opinión* de Los Angeles, California, *La Prensa*, de San Antonio, Texas, y *El Universal*, de la ciudad de México, entre el 20 de mayo de 1928 y el 10 de diciembre del mismo año. El libro cierra, como ya se mencionó, con el capítulo VII del Libro VI: "Unos aretes".

- ESCALANTE, EVODIO. "Notas para una lectura de *La sombra del caudillo*." *Tercero en discordia*. México: UAM, 1982. 27-34.
- GLANTZ, MARGO. "Todas las sombras: Martín Luis Guzmán." *Repeticiones*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1979. 12-13.
- —. "La novela de la Revolución Mexicana y *La sombra del caudillo*." *Revista Iberoamericana* 54.148-149 (Jul.-dic. 1989): 869-878.
- GUZMÁN, MARTÍN LUIS. *La sombra del caudillo*. Col. Escritores Mexicanos 89. México: Porrúa, 1984.
- —. *La sombra del caudillo. Versión periodística*. Introd. Bruce Novoa. México: UNAM, 1987.
- SEFCHOVICH, SARA. *México: país de ideas, país de novelas*. México: Grijalbo, 1990.

